

Mendigar o trabajar. Antes y después de la Reforma Amalia Quevedo

Un fenómeno universal, de todos los tiempos y de todos los lugares, la mendicidad refleja bien las transformaciones culturales, y no solo aquellas sociales y económicas. Aquí deseo considerar sucintamente el modo cómo, al hilo del *Zeitgeist*, del espíritu de la época, la mendicidad se transforma con el arribo de lo que hoy condensamos bajo el nombre de modernidad.

La Edad Media bien puede ser considerada como la época dorada de la mendicidad. Con la expansión del Evangelio, los escritos y sermones de los Padres de la Iglesia y el ejemplo de los santos, se consolidó una visión de los pobres y una praxis de la caridad cristiana sin precedentes. Tanto en los albores del cristianismo como en la Alta Edad Media, reinaba una visión positiva de la mendicidad: la limosna era entendida entonces como un don hecho a Cristo mismo¹. En algunas narraciones populares del medioevo, Cristo aparece disfrazado de mendigo, para poner a prueba los corazones de los hombres. A la familia pobre que le da de comer, él la bendice; a la rica que lo despide de mala manera, la castiga.

Sustentan esta visión positiva de la mendicidad dos parábolas de Jesús: la de los invitados descorteses y, sobre todo, la del pobre Lázaro. En la primera Jesús compara el reino de los cielos con un banquete al que los invitados se excusan de asistir. “Entonces el amo de la casa, irritado, dijo a su siervo: Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad, y a los pobres, tullidos, ciegos y cojos tráelos aquí”². Es evidente que estos invitados de última hora, que ocuparon los puestos del banquete, no son otros que los mendigos de las calles y plazas de la villa. Es frecuente el motivo del mendigo que se acerca a la sala del festín para pedir algunas sobras o una pequeña dádiva. Lo absolutamente original en la parábola de Jesús es que ninguno de los convidados al banquete se hace presente; y el anfitrión, lejos de cancelar la fiesta, convoca a los mendigos de la calle para que ocupen su lugar. La parábola no es más que una ilustración gráfica de lo que Jesús acababa de decir al fariseo que lo había invitado a comer a su casa: “Cuando hagas un convite, llama a los

mendigos (*ptōchoús*), mancos, cojos, ciegos, y serás dichoso, porque no tienen con qué recompensarte, pues se te dará la recompensa en la resurrección de los justos”³.

La parábola del pobre Lázaro, que en la Baja Edad Media será objeto de representaciones escénicas, ha gozado siempre de gran popularidad⁴. Lucas no emplea en ella el término *prosaitēs* para designar al mendigo, sino el vocablo más preciso *ptōchós*, que es el mismo que aparece en Homero, Hesíodo y Sófocles, entre otros. El texto evangélico habla expresamente de un mendigo llamado Lázaro, pero pasa por alto el nombre del rico. A éste, algunas obras de teología lo llaman Epulón, que viene de “opulento” y significa propiamente glotón. Esta parábola de Lázaro no podía menos de tener gran impacto en la Edad Media cristiana, en la que tan viva estaba la conciencia escatológica. Al final la muerte iguala todo, y en este caso hasta lo invierte.

El santoral se enriquece a su vez con nuevos modelos de humildad y desasimiento. Hacia finales de la Edad Media, Santa Isabel –princesa de Hungría por nacimiento y de Turingia por sus bodas–, después de haber consagrado su vida a los pobres y enfermos, escribe una carta a su confesor pidiéndole autorización para dedicarse a mendigar el pan de puerta en puerta. Siete siglos antes, el hijo de un acaudalado senador de la Roma imperial había abandonado el hogar de sus padres para regresar a él como un mendigo y venir a instalarse bajo la escalera de la casa paterna, donde vivió de caridad hasta su muerte. Hoy todo el mundo lo conoce como San Alejo; lo que pocos saben es que nunca se dio a conocer a sus padres y vivió como un mendigo en su propia casa.

A esta cultura cristiana de la mendicidad, que en cierto modo anticipa la exaltación que corresponderá a los pobres en la otra vida, se suman factores históricos, climáticos y sociales que contribuirán a la creciente proliferación de mendigos en el medioevo. Hambrunas, pestes, guerras y otros avatares traerán como consecuencia el empobrecimiento de segmentos enteros de la población y un incremento exasperado de la mendicidad. Rebaños de mendigos, que se cuentan por centenares, se agolpan ante las puertas de los monasterios en espera de un trozo de pan. Basta con que una cosecha se eche a perder, para que miles de campesinos se vean obligados a mendigar su sustento. Aparte de estos

mendigos ocasionales, en torno a las parroquias se congregan inválidos, viudas, ancianos, huérfanos y desposeídos que viven bajo su protección. Los caminos se pueblan de mendigos a quienes sustenta la caridad de peregrinos y viajeros, las calles de las ciudades se animan con el desfile de los que, hollando con pies desnudos toda suerte de inmundicias, van pidiendo limosna de puerta en puerta. Especialmente justificados para pedir limosna se encuentran los numerosos inválidos y mutilados, que de otro modo no podrían obtener el sustento. Guerras, enfermedades y accidentes hacen de la amputación de miembros una práctica frecuente y extendida. Se multiplica así el número de inválidos que no tienen otra salida que la mendicidad, a la que se dedican sin mayores trabas en los mercados, las entradas de las ciudades, las puertas de los templos y otros lugares públicos concurridos.

La visión positiva de la mendicidad se traduce en una relativa pero innegable integración de este fenómeno en el orden social. El mendigo juega un papel religioso importante. Entre él y su benefactor se establece una curiosa balanza de bienes materiales y espirituales: para expiar un pecado, el penitente da una limosna cuyo monto depende de la gravedad de la falta cometida; el mendigo le retribuye, según la limosna recibida, con oraciones más o menos largas que contribuyan a salvar y purificar su alma. El mendigo medieval proporcionaba a sus contemporáneos la ocasión de ejercer las obras de misericordia y ganarse así el cielo. Y en otro orden de cosas, los mendigos recompensaban a sus benefactores con buenos consejos, trucos médicos, pequeñas revelaciones y hasta regalos encantados.

Al amparo de una tradición hondamente arraigada, el número de mendigos y desvalidos no hará más que aumentar a lo largo de la Edad Media, despertando a su alrededor un malestar creciente y generalizado, que irá decantando poco a poco en una nueva visión y un nuevo tratamiento del viejo problema. Se abre paso entonces una nueva visión de la mendicidad, que el Renacimiento no hará más que consolidar.

Ya en la Baja Edad Media se modifica la concepción del mendigo, que deja de ser el hombre inocente que, habiendo carecido en esta vida de bienes, tiene asegurado el más allá. Él ya no es el protegido de Dios, el pobre sufriente que nos ayuda a alcanzar la salvación al aceptar

nuestras limosnas y darnos a cambio sus oraciones. A medida que se va eclipsando la Edad Media y afianzando la modernidad, la vida política, cultural y económica se concentra en las grandes urbes, que no cesan de crecer, y en las que pululan los mendigos, que paulatina pero implacablemente se van convirtiendo en un factor de perturbación social.

Los indigentes y desadaptados son demasiado numerosos para gozar del estatuto de pobres a los que es viable socorrer. Bandas enteras de pillos y bribones siembran el terror en los campos y caminos. Este desorden engendra un malestar creciente, que pronto se verá reforzado por el proceso de secularización puesto en marcha a comienzos del Renacimiento. El oficio del mendigo se profesionaliza y se falsea, adoptando frecuentemente formas de simulación y engaño. Es así como el mendigo deja de ser el pobre de Dios, para asimilarse al vagabundo y al truhán. Junto a las técnicas de simulación, se perfeccionan también las del robo y el crimen. Los mendigos se organizan en bandas y reductos donde imperan el vicio y la perdición. Atrás quedan las viejas creencias y tradiciones, cuando se consideraba que la limosna era recompensada con el perdón de los pecados y el cielo.

Ya a finales de la Edad Media se consagra la división entre pobres honrados y mendigos profesionales. El mendigo profesional en sentido peyorativo ha existido siempre; contra él alertaban ya el Talmud y los escritos jurídicos del islam, mientras la literatura árabe se deleitaba en denunciar su falsedad e hipocresía. Pero es esta concepción negativa del mendigo, que mezcla su imagen con la del rufián, el vago y el estafador, la que se va imponiendo a fines del medioevo y prevalece al menos hasta el siglo XVIII. En el clima cultural que anuncia y prepara los tiempos nuevos, el concepto de mendigo se desliza desde su respetada posición de pobre de Dios hacia el nuevo estatuto de lacra social.

También la limosna se transforma: ya no es vista como una obra meritoria, sino que pasa a ser considerada como un gesto nocivo, una coonestación que fomenta el ocio y la vagancia, madre de todos los vicios. Con la llegada de los nuevos tiempos se reorganiza la escala de valores: la autonomía en todos los niveles se impone sobre las diversas formas de dependencia; el trabajo y la laboriosidad son entronizados, el

rendimiento y el progreso buscados afanosamente. Una nueva visión del hombre y el cosmos, descubrimientos e inventos, cultura y arte jalonan a una humanidad tan ebria de avances y novedades como crítica de todo lo anterior. En este clima de independencia, industria y progreso, el mendigo es puesto bajo sospecha. Los relatos de mendigos engañadores se multiplican y difunden como por ensalmo. No hay cabida para el pordiosero en este mundo vertiginoso; su presencia resulta innecesaria, indeseada incluso en el nuevo orden social.

La división entre mendigos válidos e inválidos se aguza y pasa a ser objeto de control. Aunque en casi todas partes, desde antiguo, se castigaba a los falsos mendigos con la imposición de sanciones y multas, es en la Europa del siglo XIV donde las medidas represivas empiezan a surgir y aplicarse en forma sistemática. Una ola de racionalización y control de la mendicidad se extiende rápidamente.

A la revaluación del trabajo que tiene lugar en el siglo XV corresponden nuevas disposiciones legales, encaminadas no sólo a combatir la ociosidad, sino también a solucionar la escasez de mano de obra. La nueva imagen de la mendicidad, a la que los responsables del orden público responden con la vigilancia, el control y la restricción, está ya indisolublemente emparentada con el ocio, la vagancia, el robo, el engaño y el vicio. La imagen del mendigo profesional, avezado en trucos y artimañas, sofoca la del pobre bueno y honrado. Prevalece la visión peyorativa: la literatura se puebla de mendigos estafadores, de falsos ciegos, cojos o tullidos, de mendigos arrogantes, sucios y piojosos, que malgastan las limosnas en alcohol y otros vicios⁵. Aparecen también los relatos de mendigos ricos que llevan grandes cantidades de dinero cosidas a sus andrajos. Todas estas historias, que se multiplican a partir de los siglos XVI y XVII, se basan en el supuesto de que la largueza fomenta la mendicidad y con ella el vicio.

Hija de su tiempo, **la Reforma** hace suya esta visión de la mendicidad. En uno de sus sermones, Lutero denuncia: “Un desvergonzado falso mendigo prendió fuego a la casa cural en Untenheim; otro, que pedía limosna en Ulm con las piernas y manos envueltas en vendajes, salió corriendo como un caballo veloz cuando fue

descubierto; y en Zürich una mujer solía pedir limosna llevando un perro envuelto en pañales, al que hacía pasar por un niño”⁶.

Hablando de las buenas obras, el 29 de marzo de 1520 **Lutero** amonesta a los señores y a las ciudades a que impidan el ingreso de vagabundos, peregrinos y otros mendigos foráneos, a fin de evitar que, so capa de mendigar, les sean permitidos el vagabundear y la bribonería, tan extendidos entre ellos. Por lo demás, Lutero mismo traduce y prologa el *Liber vagatorum*, ese léxico de mendigos que apareció por primera vez en torno a 1509, y que recoge todo tipo de trucos para despertar compasión y obtener limosnas⁷.

En palabras de Foucault, “el pobre, el miserable, el hombre que no puede responder de su propia existencia, en el curso del siglo XVI se ha vuelto una figura que la Edad Media no habría reconocido. El Renacimiento ha despojado a la miseria de su positividad mística. Es el nuevo mundo de Lutero y sobre todo de Calvino, en el que la miseria no testimonia de Dios ni más ni menos que la riqueza. Se impone el imperativo del trabajo y se condena la ociosidad.”⁸

En el marco de esta nueva sensibilidad, ya no religiosa sino ético-social, la mendicidad se convierte en “un problema de ‘policía’, concerniente al orden de los individuos en la ciudad”.⁹ Con todo, pese a las medidas represivas y a los discursos moralizantes que pretenden domesticar, cuando no eliminar por completo la mendicidad, o quizás justamente a causa de ellos, como un efecto perverso, los mendigos del Renacimiento experimentan un cierto apego a su modo de vida: se organizan en grupos, se ayudan mutuamente, se divierten. Llegan a tener su modo peculiar de vida, con rangos y títulos propios y hasta ritos de iniciación. Esto se ve claramente en la novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*: La corte de los milagros es ciertamente un antro de vicio y perdición, pero no es menos un ámbito de buena vida, de placer y regocijo; un mundo gobernado por una gaya lógica que no coincide con la de la austera razón.

El reflejo de este mundo sórdido pero jocoso hay que buscarlo en la literatura popular. El mendigo es un tramposo, pero es también un personaje original y divertido (“más listo que el hambre”), y sus astucias

pueden ser vistas con indulgencia y simpatía. Así es como continúan deleitándonos hoy los relatos de la picaresca.

El arte del Renacimiento sabe deleitarse en el lado cómico de la mendicidad fraudulenta. Contemporánea de la represión, esta otra mirada pone el acento en los aspectos lúdicos e ingeniosos de la mendicidad. Frente a una ética racionalista, fría y severa, que acaba por plasmarse en instituciones y leyes cada vez más inhumanas y crueles – como hará ver Dickens –, el arte aparece como un reducto privilegiado, en el que se preservan los aspectos jocosos y humanos, en último término bellos, de la mendicidad. Prueba de esto son también las hermosas pinturas de mendigos, no exentas de ironía y comicidad, de Brueghel el viejo y del Bosco. Paralela a la condena de la mendicidad, corre su redención por el arte. La expresión más elevada de esta lucidez que desafía las convenciones imperantes la encontraremos en el autorretrato de Rembrandt como un mendigo, de 1630.

La persecución encarnizada del mendigo acaba por sacar a la luz lo mismo que pretendía ocultar: la pobre, débil y deleznable condición humana. El mendigo, cada mendigo, todo mendigo es como un espejo para el hombre que lo mira: en él ve todo aquello de sí mismo que no querría ver. Ya no es la mendicidad como disfraz que permite introducirse en cualquier parte sin ser notado, desvelar los pensamientos de los hombres y calibrar sus corazones. Ahora es la mendicidad como desnudez, que pone al descubierto lo poco que somos, y lo que seremos cuando la muerte nos iguale a todos, reyes y mendigos, como se suele decir. Mientras la moral burguesa se afana por dominar y poner fuera de circulación al mendigo, el arte le otorga el lugar paradigmático que le corresponde. Éste es el punto capital: en los andrajos del mendigo habita, sin disimulos, toda la fragilidad del hombre.

¹ Según aquellas palabras del evangelio: “Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. Mt 25, 40.

² Lc 14, 21.

³ Lc 14, 13-14.

⁴ Lc 16, 19-25

⁵ El caso más llamativo es el de París, donde los mendigos se cuentan por millares: más de tres mil en la sola *corte de los milagros*, descrita magistralmente por Víctor Hugo. Como una llaga social, los mendigos de Nuestra Señora de París ostentan todos los vicios: truhanes, bebedores, pendencieros, ladrones, estafadores. Sus historias son

mentira, sus mutilaciones simuladas, sus llagas falsas, sus niños comprados. Cf. Víctor Hugo (1990) *Nuestra señora de París*. Madrid: Alianza, Libro I *passim*.

⁶ Cf. Lutero, M. *Sermones*, citado en Quevedo, A. (2007) *Mendigos ayer y hoy*. Madrid: EIUNSA. p.58

⁷ Cf. *The Book of Vagabonds and Beggars*, Luther, M. (ed), (2012) Montreal: Liber.

⁸ Foucault, M (2012). *Historia de la locura en la época clásica I*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 91.

⁹ Foucault, M. (2012). *Historia de la locura en la época clásica I*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p.101.

TESTO PROVVISORIO
PROTETTO DA COPYRIGHT